

## EL TESTAMENTO DE DON QUIJOTE

El escritor uruguayo, don Pedro Erasmo Callorda, residente en México, publica en un opúsculo un fingido testamento del héroe cervantino. Lo hace preceder del galano prólogo siguiente:

Lector amable: En este opúsculo que doy a la luz pública con regocijado espíritu, van insertos, *ad pedem literae*, la copia auténtica de dos manuscritos que dicen los concertó en su total integridad de ánimo el numen peregrino del Ingenioso Hidalgo de la Mancha, y que los escribió de su puño y letra don Alonso Quijano, natural de Argamasilla, a quien los vecinos llamaban *El Bueno*, en el lugar de su nacimiento.

Uno, es el que lleva este lema: *El testamento de don Quijote*; el otro, el que ostenta este acápite: *Poesías que se atribuyen a don Quijote y que diz las escribió cuando pensó en hacerse pastor*.

Estos manuscritos los hallé en una excursión que hice a la Mancha, algunos años há, estando en Madrid de paseo. Mi admiración por don Quijote, que no reconoce límites, a la par que mi pasión por Cervantes, que no se sacia nunca, me llevaron allá, a la Mancha.

Sirvióme a manera de *baedeker* un interesante libro escrito por la pluma admirable de Azorín; y durante muchos días peregriné por la Mancha haciendo mis estaciones allí donde las hizo don Quijote . . .

Elevé una oración al cielo para dar gracias por haberme concedido la dicha de visitar la santa tierra donde don Quijote inmortalizara la raza por los siglos de los siglos; y ansioso de investigaciones que al Quijote se refirieran, me encaminé hacia Argamasilla, en donde pasé dos semanas, siendo allí muy agasajado por la buena gente del lugar.

El dedo de la tradición popular, señálome la vivienda de un vecino muy versado en achaques cervantinos, y del cual se decía que era poseedor de unos documentos que se relacionaban con el objeto de mi viaje a la Mancha.

Fuíme a la casa que se me indicaba; llamé a su puerta, y me recibió un castellano viejo de hasta sesenta años de edad; y entablé con él la conversación que sigue y que el lector encontrará muy puntualmente trasladada aquí:

—Buen hombre, le dije; vengo de muy remotas tierras, de la América, en busca de documentos y de datos para escribir algo sobre el Manco inmortal, y sobre el inmortal don Quijote, a quien la pluma de oro del primero inmortalizó en inmortales páginas. Me han dicho, agregué, que usted es fuerte en estas cosas.

El castellano se me quedó mirando, pensando, también, que tal vez yo sería algún descendiente de don Alonso Quijano y me contestó:

—Sírvase el señorito pasar adelante.

Me hizo entrar a una habitación bastante grande; era ésta a la vez comedor, sala y escritorio. Por únicos muebles, había, a saber: una arquimesa, en el fondo, de madera muy antigua y tallada a mano; una media docena de toscas sillas; un diván; dos grandes arcones; y una escopeta, una lanza y tres bastones muy gruesos y por lo tanto pesados, junto a un rincón. Las paredes estaban recién enjalbegadas; pendían de ellas una oleografía con la efigie del rey don Alfonso, tres o cuatro cuadros que representaban corridas de toros: la suerte de banderillas, el salto a la garrocha y la muerte de la fiera, en tonos bastante violentos. Arriba de la arquimesa lucía una de las escenas del Quijote, grabada en acero, y correspondía a la embestida de los molinos de viento.

Sentéme, y él también se sentó junto a mí, en el diván.

Formuléle en parecidos términos la primera pregunta, y me dijo:

---El señorito tendría a bien decirme de dónde viene?

---Señor, respondile, de América.

---Del Plata? acertó a preguntar el castellano.

---Justamente, del Plata, de Montevideo, de la muy fiel y reconquistadora, como la apellidó un rey de la madre patria en la época colonial.

Sonrió el castellano, y repuso: ¿era allí en donde los indios se comían a los españoles?

Sonrei también: no sé decirle, señor, pero creo que son cosas de las historias. En mi país no hay indios. Creo que es el único de la América en que no los hay.

—Fue un decir, continuó; tengo muy buenas referencias de su patria. Estoy aquí para servirle. Usted dirá.

—¿Podría decirme, señor, si don Quijote fue engendro humano o engendro de la fantasía de Cervantes?

—Al estar a los datos que poseo, contestóme---y los creo de muy buena fuente---Alonso Quijano, alias don Quijote, vivió en este lugar por el siglo diez y seis. Era, en efecto, un buen hombre que poseía lo bastante para vivir sin trabajar; y era, también, muy dado a leer libros de caballerías y cuantas historias fantásticas tuviera a mano. Primeramente hubo de ser sacerdote, pasando previamente a un convento con el fin de recibir las sagradas órdenes. Siendo de complexión no muy robusta, no pudo continuar sus estudios, y se encerró en su casa, que todavía existe, dedicándose con afán a las lecturas de libros caballerescos. Llevaba, pues, una vida ascética y no mundana. De aquí el hecho de que don Alonso Quijano fuese bastante ilustrado, y, además, el que fuera casto. Las hazañas de los con-

quistadores de la América hicieron mucha mella en su cabeza, un poco averiada por los años y por la anemia. Tuvo idea de largarse al Perú, primero, y luego a Méjico, en busca de aventuras; pero no pudo conseguir sus intentos, por lo que usted verá más adelante. Don Alonso Quijano se dedicaba en sus ratos de ocio, que los tenía largos; a escribir en prosa o verso comentando a los autores latinos y griegos, los cuales conocía al dedillo por haberlos estudiado cuando pretendió ordenarse para cura. Según dicen, escribía bastante bien, y su ingenio, que se prestaba ya a la fábula, concertaba hechos inverosímiles con bastante donaire, y ponía en boca de sus personajes discursos muy atinados. Ya entrado en años, le acometió una pasión senil por una manchega en quien puso sus ojos cuando era niño; y de aquí sus sueños por impresionarla con aventuras, a fin de tocar su corazón. La heroína casóse cuando don Quijote estaba en el convento, y jamás paró mientes en la desastrada figura de Quijano. Don Quijote no conoció mujer alguna, y de aquí su castidad y su idealidad en materia amorosa, como lo comprueba el libro de Cervantes. Tampoco tuvo necesidad de trabajar, porque había heredado de sus mayores algunas fanegas de tierra, que le trabajaban las mujeres que lo acompañaron, y Sancho, años antes de tomarlo por escudero. De aquí también se desprende el que don Quijote no diera valor al dinero, y de que sólo le preocuparan las hazañas nobles y elevadas.

—Muy interesante todo lo que usted me dice, interrumpile, contento y suspenso de los labios del narrador. Continúe usted, que lo escucho muy complacido.

A medida que don Quijote avanzaba en años, avanzaba también en su cabeza el mal consistente en una funesta pasión amorosa por doña Aldonza Lorenzo. Su razón salió de quicio, tanto, que sorprendió hasta

a los mismos familiares que frecuentaban su casa y gustaban de su trato. Por aquella época, dicen las historias, las cosas de la justicia no andaban muy bien por esta tierra; se cometían tropelías a diestro y siniestro; se abusaba de la condición de pobre; los privilegiados imponían sus leyes, y, finalmente, los desvalidos no tenían quien los amparase ni quien los defendiese. Como es natural, llegaban a oídos de don Quijote todos los entuertos de la provincia; las felonías que el rico hiciera al pobre; los abusos que se cometían en la corte; los imposibles y quiméricos sueños de aquel monarca sombrío, y las locuras de los capitanes españoles que iban a conquistar en las Indias, gloria, riqueza y fama. don Quijote no pudo contenerse más dentro de los límites de su temperamento manso y tranquilo, e ideó recorrer primeramente la Mancha observando cómo iban las cosas de la justicia, y, a campo traviesa, a buscar cualquiera aventura que le proporcionase la ocasión de medir sus fuerzas, en defensa, es claro, del pobre, de la mujer caída, del lastimado por el poderoso, de los débiles, en fin. Su vocación estaba ya decidida, sería caballero andante. A las injusticias existentes por aquellos tiempos, reales y concretas, don Quijote agregaba el *mare magnum* de las leídas, así que en su programa de guerra se encontraban mezcladas a excelentes prédicas, desatinos enormes. Si don Quijote en aquel entonces hubiera tenido a mano la hoja diaria moderna que predica y fustiga; si hubiera tenido oyentes que lo escucharan en sus bien inspirados discursos, hubiera sido (esto antes que le volviese la pasión senil por doña Aldonza) un apóstol como los que hoy en día predicen y preconizan estados de vida mejor, que el vulgo cree que son imposturas; porque don Quijote, desde que abandonó el claustro, fue un amenísimo conversador y un fustigador incansable de los males de

que adolecía la sociedad de su época. Fue también profeta (aunque no en su tierra) que preveía que el mundo tendría que organizarse sobre la base cristiana de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad. Si hasta aquí se hubiera mantenido, escribiendo sus doctrinas o predicándolas, le hubiera ido muy bien; pero el buen hombre desbarró, y cometió, al final de sus días, cosas estrafalarias que dieron argumento y tela para que un gran ingenio español, que supo aprovecharlas, escribiera el más famoso de los libros que constituyen la gloria de mi patria.

Un año empleó don Quijote en hacer sus cruzadas por estos manchegos lugares, durante el cual hizo tres salidas y su entrada definitiva en su casa para morir.

La picaresca broma que el bachiller Sansón Carrasco le hizo, después que don Quijote supo toda la verdad, lo llenó de pena y al mismo tiempo sirvióle para rectificar su juicio. Ya no salió más; y el día y la noche se los pasaba escribiendo o leyendo libros de devoción. A Sancho le regaló lo bastante para remediarle el mal año que le hizo perder a su lado; y era tanta la inquina que con él tenía al verlo tan simplón y tan zafio, que le prohibió terminantemente que lo visitara aun cuando estuvo en el trance de la muerte.

Por aquellos años don Miguel de Cervantes Saavedra, que andaba muy de capa caída, tal vez buscando argumentos para sus obras, se allegó a casa de don Quijote y le contó lo mucho que había sufrido en esta pícara vida; cómo le habían hecho injusticias los hombres, tanto a él como a sus obras. Parece que a don Quijote le fue simpático; dispensóle el favor de recibirlo y de sentarlo a su mesa durante un tiempo: y de las conversaciones con él habidas, algún provecho sacó el ingenio de Cervantes, pues, según cuentan las crónicas, mucho de lo que don Quijote le contara, así como los

discursos que le espetara, dicen que los tomó aquél *ad pedem literae*.

Los papeles que escribió don Quijote se han diseminado o tal vez perdido. Algunos creen que don Quijote no escribió nada, porque era un solemne mentecato; otros atribuyen lo escrito a Cervantes; pero, generalmente, hoy no se le da valor alguno.

—Y usted, señor, sabría decirme cómo haría yo para leer algunos de ellos, y sacar una copia, si me lo permitieren?

—Es muy fácil, me repuso el castellano viejo. Guardo yo una copia de copias de un escrito muy interesante, y los datos que poseo, los cuales me sería muy prolijo enumerar al señorito, no me quitán de la cabeza que la copia a que aludo procede de un manuscrito auténticamente escrito por don Alonso Quijano.

—Y ¿me lo dará usted, señor? ¿Me lo venderá? —exclamé fuera de mí, alborozado ante tamaño hallazgo.

—Ni se lo doy, ni se lo vendo, argulló el castellano viejo; se lo pasaré a usted para que lo lea; y si al señorito le interesa mucho, no tiene más que hacer sacar una copia con el escribiente del alcalde, que aunque dicen que no tiene muy buena ortografía, puede que, mirando bien el original, lo pase correctamente en limpio; y todo será cuestión de pesetas.

—Conforme: ni una palabra más; que me lo copie el escribiente del alcalde; por ello le daré diez duros; que bien merece ese precio quien copia una copia de un original de don Quijote. Y a usted, mi buen amigo, lo invito a comer en la mejor fonda de Argamasilla, digo de Cinco Casas, y mientras yantamos escucharé a usted, con la atención que es debida, algo más que se digne contarme sobre don Quijote, Sancho y el bachi-

ller Sansón Carrasco, y claro está que sobre Cervantes.

—Convenido.

—Convenido.

—No es necesario que lea yo antes el manuscrito o la copia; que vendré por usted a las ocho de la noche.

—A esa hora el secretario del señor alcalde llevará copiadas muchas cuartillas, si no todo el original, de un magnífico sermón o algo así que escribió don Quijote, y que es el obsequio que brindo a usted para que lo lleve a América.

—Gracias mil, señor castellano. Venga un abrazo en nombre del cariño que América siente por España.

—Pues allá va el abrazo.

Nos estrechamos con efusión.

Esta entrevista que dejo aquí narrada, la tuve por la mañana del día diez y ocho de julio del año de mil novecientos seis; y por la noche, cuando pasé en busca del castellano viejo para llevarlo a cenar, me encontré con la grata nueva de que ya el escribiente del alcalde daba término a la copia del manuscrito. Presentóme al escribiente el dueño de la casa; éste entregóme la copia; leí el título de las carillas y vi que decía: *El Testamento de don Quijote*. Repasé a la ligera las hojas y al final, separado de las disposiciones testamentarias y en una página casi en blanco que le servía como de portada, leí estotro título: *Poesías que se le atribuyen a don Quijote y que diz las escribió cuando pensó en hacerse pastor*.

Paguéle al escribiente; metíme al bolsillo tan precioso documento, y esperé a que el castellano se vistiera con su mejor traje y se acicalara un poco.

Invité al escribiente a cenar, y aceptó de plano mi invitación. Nos marchamos a la fonda, y a la verdad que cenamos fuerte. No prosigo la narración de lo que pasó luego, porque este asunto será objeto de algo

más que escriba sobre mis peregrinaciones por la Mancha; pero sí diré que en la cena franqueóse tanto el castellano viejo conmigo, que en nada desmintió ser de la raza de aquel otro que inmortalizara Larra en un célebre artículo.

PEDRO ERASMO CALLORDA

---

## EL ARQUITECTO DEL COLEGIO

---

*Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—Bogotá, marzo 8° de 1919.*

Señor doctor don Arturo Jaramillo Concha—E. S. M.

Muy distinguido señor y amigo:

Terminada la construcción del Claustro mayor del Colegio del Rosario, bajo la inteligente y acertada dirección de usted, cumpla con el grato deber de tributarle, en nombre de la Consiliatura y en el mío propio, un testimonio de aplauso y de agradecimiento.

La obra que usted emprendió no era fácil de llevar a término. Se trataba de reedificar el Colegio conforme a los modernos adelantos de la pedagogía, comunicarle singular hermosura, dejándole su carácter de edificación española del siglo XVII, conservándole sus venerandas tradiciones y salvando la arquería central, única parte de la antigua fábrica que permaneció intacta después de la catástrofe. El problema, a juicio de los inteligentes, ha sido satisfactoriamente resuelto por usted, en el breve espacio de quince meses y con suma economía en los gastos de la edificación.